



ACERO ESPAÑOL

Sergio Herrero

ACERO ESPAÑOL



Primera edición: junio de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Sergio Herrero

ISBN: 978-84-10253-78-0

ISBN digital: 978-84-10253-79-7

Depósito legal: M-13401-2024

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

NIEBLA EXTREMA

Los dos jinetes de los tercios españoles pasaron raudos sobre el campo de batalla holandés con piezas de artillería abandonadas por la cruenta batalla sufrida contra los españoles, la espesa neblina apenas les dejaba ver más allá de las cabezas de sus caballos jadeantes y exhaustos por el largo trote que ya habían realizado.

Uno de los jinetes, el capitán Ortiz, disminuyó la velocidad de la cabalgada de su caballo. Ortiz era todo un veterano de guerra, un tercio viejo, un soldado corpulento, con poco sentido del humor ya que la guerra le había arrebatado todo lo que tenía, con un sombrero que tapaba su reluciente calva y una barba canosa, poco acicalada, llevaba tanto tiempo combatiendo con ese caballo que lo sentía como una prolongación de sí mismo, los oficiales no hacían esas tareas, para eso estaba la tropa de rango más inferior al suyo pero a él le encantaba reconocer el terreno por sí mismo.

—¿Y bien? —preguntó a su compañero jinete.

El jinete después de girar la cabeza hacia todos lados buscando algo que decirle al capitán le contestó:

—Las órdenes del general son echar un vistazo hasta llegar al borde de la niebla, pero es demasiado espesa y probablemente nos perdamos en ella sin saber llegar a nuestro campamento.

El capitán Ortiz murmuró para sí mismo y el jinete no entendió lo que quiso decirle.

—Comprueba tu silla, que esté bien amarrada y mantén la mano en tu espada —dijo el capitán Ortiz.

El jinete Mario que así se llamaba, era un joven moreno, muy delgado, con la cara muy chupada por el hambre y con muchas ganas de sobrevivir a la guerra para poder tener un futuro donde no le faltara la comida a él, ni a su familia, ya que se alistó en los tercios para ganar algo de dinero. Mario sabía bien lo que significaban esas palabras, pues todos conocían el ímpetu del capitán Ortiz por ganarse el honor de ser él quien hiciera la primera sangre del día.

—Mario, tú irás detrás de mí, asegúrate de que nadie nos ataque por retaguardia y yo me encargaré de vanguardia. Después volveremos a casa.

—A la orden —dijo el jinete Mario con voz impetuosa.

El capitán Ortiz estaba a punto de azuzar a su caballo para emprender la marcha, pero un ruido bien conocido para él le hizo saltar de su caballo al húmedo y embarrado suelo. No era habitual que el capitán Ortiz estuviera nervioso.

—Muchacho desmonta y échate al suelo —le dijo al jinete Mario con voz sigilosa.

—Tenemos que movernos a esa trinchera de allí, señalando una que apenas podían ver con la niebla.

—¿Qué es esto? —preguntó con impaciencia Mario, poco amante de los sobresaltos imprevistos.

—Aguarda muchacho, el enemigo está cerca, seguramente escuchasen nuestros caballos y nos han seguido hasta aquí, desenvaina tu espada y prepárate para ver al creador si es que no eres diestro con la espada.

Un día rutinario de patrulla se había convertido en una jornada fuera de lo normal, los dos estaban ansiosos esperando

cuál sería el próximo paso del enemigo y así poder atacarles bajo el manto de la niebla que les escondía en esa húmeda y fría trinchera.

—¿Cuánto tiempo tenemos que estar aquí? —preguntó Mario susurrando.

—Un rato —le respondió el capitán Ortiz tajantemente.

La voz tensa y carrasposa pasó a murmurar una oración. La temperatura del ambiente bajó de forma perceptible en esa trinchera debido a que ya estaba oscureciendo el día, alguien en algún lugar exhaló un suspiro de desesperación, el capitán Ortiz echó mano de su cuchillo, con la carne de gallina y con el sabor metálico que solo la sangre puede dejar en el momento que de puro nervio del que se muerde la boca por la adrenalina de atacar al enemigo.

—Prepárate Mario, se acercan a nuestros caballos y no podemos perderlos, los necesitamos para volver al campamento —le dijo el capitán Ortiz a Mario con voz serena y consciente de lo que iban a tener que hacer.

Mario echó mano de su pistola escondida dentro de su chaqueta llena de remiendos y se preparó para el enfrentamiento, mientras el capitán Ortiz seguía murmurando sus oraciones.

Ortiz miró por encima de la zanja hecha en la trinchera y vio un soldado holandés distraído inspeccionando los caballos, pero todavía no había dado la voz de alarma, arropado por la espesa niebla. Y como si de un león se tratase, el capitán Ortiz salió de la trinchera con su cuchillo entre los dientes, dando aviso con la mano a Mario para que se mantuviera en posición y preparado para lo que pudiera venir a continuación.

El capitán Ortiz, sigilosamente, se colocó en la espalda de aquel pobre soldado y con un movimiento rápido y silencioso acabó con la vida del muchacho; que entre pataleos y con

fuerzas aún para zafarse, le susurró algo al oído y finalmente aquel pobre diablo terminó con su lucha esa misma tarde, en un reconocimiento rutinario que —para él— sería ya el último.

Acto seguido el capitán Ortiz levantó el cuerpo agarrándolo del brazo y lo llevó sobre sus hombros a donde se encontraba Mario, aún a la espera de que el capitán Ortiz le ordenase algo; juntos acomodaron el cuerpo todavía caliente y lleno de sangre de aquel soldado holandés para que no les estorbase en su próxima escaramuza contra los demás soldados que allí se encontraban buscándolos.

—¿Está bien? —le preguntó Mario.

—Sí, ahora debemos esperar que no echen en falta al soldado abatido —contestó el capitán Ortiz de forma tajante para evitar que los descubrieran por hablar demasiado.

Mario tragó saliva nervioso para que no se dieran cuenta de aquel pobre soldado, y estuvo atento a cualquier movimiento que se produjera en las sombras de la niebla, poniendo oído a todo ruido que surgiese. Al rato de estar allí inmóviles, muertos de frío y empapados por el húmedo barro y la baja temperatura —esperando que se marchasen los demás soldados holandeses de esa parte del campo de batalla—, empezaron a oír pasos, unos pasos que cada vez se escuchaban más rápidos y fuertes; el capitán Ortiz sabía que le habían seguido el rastro de las pisadas o quizás de la sangre del soldado que neutralizó de manera tan efectiva.

—Nos han detectado Mario —le dijo con voz firme.

Mario sabía de lo que era capaz el capitán, pero ¿contra cuántos les tocaría luchar?

—¡Tres!, ¡no!, ¡cuatro!, ¡rápidos cómo centellas y vienen directos hacia nosotros! —gritó exaltado y nervioso Mario dando a conocer su posición, irremediablemente su posición.

—¡Mantén la calma y apunta bien con la pistola muchacho, solo tendremos una oportunidad! —le insistió el capitán Ortiz.

—Se acercan muy deprisa y con esta niebla es imposible disparar con certeza, insistió Mario.

—Prepara las armas Mario —contestó el capitán Ortiz sereno.

Cuando los soldados holandeses convencidos de la victoria —por la diferencia de hombres entre ellos y los dos soldados del tercio español— dieron con ellos, rastreando de una forma muy efectiva en aquella trinchera húmeda y ensangrentada, se enzarzaron en un combate cuerpo a cuerpo donde las armas largas de fuego no servían y lo que decidiría aquella batalla sería lo diestros que fuesen con las espadas y los puñales.

El primero en dar cara a la batalla fue el capitán Ortiz, los holandeses se repartieron dos para cada uno de los españoles.

El capitán Ortiz con un paso a contrapié de contrincante se deshizo de él, esquivando una tímida puñalada que solo acertó a la nada, empujando al holandés hacia un lado como si fuese un saco de paja para él, mientras encaraba ya a su próximo contrincante que estaba perplejo de cómo se había deshecho de su compañero tan fácilmente. Mientras tanto Mario, más retrasado a la posición del capitán Ortiz, sacó su pistola alojada en la parte trasera de su chaqueta (escondida para que no se percataran de ella mientras venían a por él), haciendo creer a esos holandeses que sería un trabajo fácil, apuntó temblorosamente y disparó su arma corta, impactando la bala en el hombro del soldado que lideraba el ataque, cayendo este al suelo con un grito de dolor. Su compañero siguió con el ataque, mirándolo brevemente, percatándose de que no era una herida mortal y pronto podría ayudarle a acabar con el soldado español. Mario cambió de mano su pistola humeante

y con su brazo fuerte desenvainó su espada batiéndose con el soldado holandés en duelo, mientras tanto el capitán Ortiz también empezó a batirse con la espada, tras unos cruces de acero con el soldado explorador holandés, el capitán Ortiz le hirió de muerte en el pecho; de una estocada precisa en el corazón su enemigo cayó al suelo desplomado, ya sin vida, salpicando las botas del capitán y la cara del compañero holandés caído en el suelo (anteriormente empujado por el capitán Ortiz) se recompuso de su encontronazo y apresurado a prestar ayuda a su compañero holandés que en ese momento yacía muerto ya en el barro, intentó levantarse patosamente del suelo, cometiendo su vez el error fatal que le llevaría a la tumba, al cargar contra el capitán Ortiz sin un plan de ataque previo, movido por la rabia y la impotencia de ver cómo uno a uno iban perdiendo la ventaja inicial que tenían.

Cuando el holandés llegó a la altura del capitán intentando asestarle algún tajo mortal o una puñalada fatal, el capitán Ortiz esquivaba sus ataques como si de un juego se tratara para él, usó su puñal, que con un movimiento rápido apenas se pudo ver detenidamente y le infligió un tajo preciso que le seccionó la yugular y cayó en el campo de batalla junto con su compañero, desangrándose irremediabilmente en el barro.

Solo faltaban dos enemigos por silenciar y uno de ellos estaba herido en suelo, el soldado holandés restante —todavía batiéndose en duelo con Mario—, viendo por el rabillo del ojo con el miedo reflejado en el rostro de ver cómo habían terminado sus compañeros mientras se batía en duelo jugando con ese pobre muchacho imberbe y poco diestro con la espada, frunció el ceño y maldijo su suerte por confiar en el aplastante ataque que creían que iban a cometer contra los españoles, ante su inminente final y no por la mano de Mario ya

que le sobrepasaba en aptitudes fácilmente, terminó por pedir clemencia a Mario, que se situaba delante de él, implorando su perdón y tirando su espada al barro, consciente de que el capitán Ortiz ya iba a su posición.

—¡Clemencia, por favor! —dijo el soldado holandés con un grito desgarrador arrodillado ante él y bajando la cabeza como signo de sumisión y rendición.

Mario dudó durante un segundo, pensando en lo que pasaría si le dejase huir.

No llegaría muy lejos, no se ve a tres palmos y seguramente tardaría días en llegar a su campamento sin su caballo y sin nadie que pueda socorrerlo, además está herido —pensó Mario para sí mismo. Ese joven soldado se despreocupó de su enemigo que tanto imploraba por no terminar allí su sino, intentando buscar una salida que no fuese la muerte.

—¡Mario!, gritó el capitán Ortiz buscando con la mirada, preocupado por su soldado, después de percatarse de la ausencia del sonido del acero contra acero y temiendo que su compañero hubiera caído en batalla.

Escuchar la voz del capitán Ortiz hizo que Mario saliera de sus pensamientos más profundos sobre qué hacer con ese soldado holandés, arrodillado todavía delante de él, pidiendo clemencia.

—Estoy aquggggg —intentó decir Mario ahogándose ya con su propia sangre.

El soldado holandés había aprovechado la oportunidad del dilema de Mario para sacar un puñal escondido en su guerrera y acabar con él, poniéndose en pie como un rayo, aprovechando que el joven soldado español había bajado la guardia, al pensar que hacer con él y clavando su puñal en el cuello de este, pasándolo rápidamente por su garganta degollándolo-

le, tirando a Mario al suelo de espaldas creando inmediatamente un enorme charco de sangre alrededor de su cabeza, poniéndose encima de su cuerpo evitando que pudiera hacer algo contra él, dando fin a su vida entre arañazos, pataleos y arrepintiéndose en el último momento de no haber sido más fuerte y haber terminado lo que había empezado, pues en la guerra todo estaba permitido.

El capitán Ortiz se percató de lo que ocurría y cuando llegó al lugar, ya era demasiado tarde, el soldado holandés estaba encima de Mario ya casi sin vida inmóvil, con la mirada perdida en dirección de donde estaba el capitán Ortiz.

—¡No, Mario! —gritó el capitán Ortiz con la desesperación de ver a Mario inerte en el suelo con la mirada vacía y su enemigo todavía encima.

El capitán Ortiz se abalanzó sobre el holandés quitándosele de encima, mientras rodaban por el barro agarró la mano en la cual tenía el cuchillo lleno de sangre de Mario y con un movimiento rápido y decisivo desarmó al soldado holandés retorciéndole la mano y partiéndole la muñeca. Ambos se pusieron en pie y gritando de dolor todavía, el soldado holandés mirándose la muñeca destrozada, el capitán Ortiz se acercó rápidamente a él cegado de rabia e ira, le agarró del brazo que todavía tenía intacto y se lo partió por varios sitios golpeando con la empuñadura del puñal en los lugares donde quería partírle el brazo. Ese soldado holandés que minutos antes imploraba por su vida ahora solo parecía un muñeco de trapo inutilizado para la guerra con los brazos colgando de sus hombros inservibles, astillados, ensangrentados solo podía estar rabiando de dolor.

—Ahhhh, ¡maldición! ¿Eso es lo único que sabes hacer?, tu amigo tenía más valor que tú —gritó el soldado holandés con

la cara desencajada, llorando por el dolor producido y una mirada oscura, deseando la muerte para evitar más sufrimiento.

El capitán Ortiz se aseguró de tener la situación controlada —echando un vistazo rápido al soldado holandés herido de bala sentado en el suelo mirando al suelo, conmocionado y emblanquecido por la situación temiéndose con certeza su futuro, con su mano izquierda presionando la herida que Mario le había infligido con la pistola y que sangraba profusamente—, dio un paso al frente de forma autoritaria, sin miedo alguno y con un objetivo claro, levantó la pierna derecha hasta la altura del pecho de su enemigo y le asestó una patada en el esternón que se oyó el crujir de los huesos, lanzando a ese soldado que más que un hombre parecía un muñeco sin vida a merced del capitán Ortiz. Se puso encima de aquel soldado, iracundo, arremetiendo contra él unos puñetazos directos a la cara, de tal fuerza le asestó el primer puñetazo que le rompió los dientes, y los sucesivos golpes directos a la nariz con tal descontrol que le aplastó la cabeza como si de una calabaza se tratase, el capitán Ortiz tenía tanta sangre en la cara que apenas se podían reconocer las facciones de su rostro, tan marcadas ya por la edad y la mala vida en los campos de batalla.

Lleno de sangre y trozos de masa encefálica del soldado holandés asesinado, fue rápido a ver a Mario, tendido en el suelo con la mirada vacía de vida y la sangre aun brotándole ligeramente de la herida ocasionada.

—Luchaste bien Mario, eres un digno hijo de España, te recordaré y vivirás en mi memoria, ahora descansa en paz... tu guerra ha terminado —le dijo el capitán Ortiz.

Caminó hacia el otro explorador holandés que apenas se había movido del sitio cargando la pistola que Mario había usado para disparar en primer momento del ataque, cuando

estuvo apenas a un metro de él, este miro hacia el capitán Ortiz pero sin mirarle a los ojos, no podía soportar la idea de mirar a los ojos a ese demonio español cubierto con la sangre de sus compañeros, que había acabado tan fácilmente con todos ellos.

—Así es la guerra holandés ,se lleva y acaba con el futuro del mundo llevándose a los más jóvenes y dejando a los viejos como yo pisando esta tierra —dijo el capitán Ortiz moviendo la pistola hasta hacer línea directa de disparo con la cabeza.

Nada dijo el soldado holandés, quizás no entendió lo que el capitán Ortiz quería decirle pues es probable que no hablara su idioma, solo cerró los ojos. Se escuchó el estruendo ocasionado por la detonación de la pistola de Mario y entre una nube de pólvora el cuerpo del soldado cayó al suelo abatido del disparo.

El capitán Ortiz tapó el cuerpo de su compañero con su capa ensangrentada, lo amarró con unas cinchas fuertemente subiéndolo después a su caballo, lo ajustó bien. El capitán Ortiz montó su caballo que fielmente se había quedado allí sin moverse a pesar de todo lo ocurrido, acarició su lomo negro como el azabache y entre la espesa niebla —llevando a su compañero en el otro caballo como un fardo— a través de ese maldito campo de batalla, abandonó aquel campo yermo, devastado por la guerra y la furia de la artillería. Se dirigió a su campamento a dar novedades a sus superiores y enterrar a ese valeroso y joven soldado que la vida dio por su país y su familia.

EL ASEDIO

Ostende, Flandes, años después

La ciudad de Ostende estaba sitiada. En las colinas retumbaban los cañones de los españoles, la nieve se posaba sobre ellos y por el estremecimiento producido por cada detonación de las ramas de los árboles caían pesados cúmulos de nieve.

La muralla se iba desmoronando poco a poco. Una parte de la ciudad estaba en llamas y en las altas torres y muros aparecían brechas profundas, cada impacto levantaba por los aires las tejas, fragmentos de piedra y la nieve que parecía azúcar en polvo.

Algunos disparos se quedaban cortos, entonces incidían en el manto de la nieve y levantaban frías columnas de barro y fragmentos de piedra.

El maestro de campo Francisco de la Riva, máximo oficial de los tercios españoles, un hombre de edad avanzada totalmente canoso con un gran bigote que inspiraba respeto de aspecto atlético para la edad que tenía, con un sentido de la justicia y sensatez muy arraigado, permanecía observando el asedio a través de un catalejo. Cuando les mandaron sitiar Ostende, una de las ciudades más fortificadas de los rebeldes holandeses, ya había previsto que las cosas acabarían de ese modo, en un amargo y sangriento final.

¿Cuántas oportunidades de rendirse habían dado a los rebeldes?

Demasiadas, según el oficial al mando de la caballería Antonio de Aragón, este oficial prestaba apoyo a la infantería del maestre Francisco de la Riva con su caballería pesada.

Al maestre Francisco de la Riva no le cabía duda de que Antonio de Aragón informaría con gozo de aquel asunto en las Cortes.

Antonio de Aragón era un oficial de carrera a golpe de invertir el dinero de la familia en las contiendas de España, un muchacho joven, moreno, de estatura media con una barba que apenas podía teparle parte de su rostro. Llevaba un traje de oficial impoluto, sin remiendos ni manchas; se notaba a la legua que nunca había pisado el barro en el campo de batalla; de familia adinerada, que pensó que servir en los tercios españoles podría servirle para hacerse con unas buenas tierras en países extranjeros y así ampliar el patrimonio de su familia.

A Francisco de la Riva le tenía sin cuidado, para él lo importante era conseguir la victoria y no la gloria que conllevaba. Como maestre, su autoridad levantaba simpatías y nadie ponía en entredicho su lealtad al rey de las Españas. Él creía que la guerra era algo simple, donde la preocupación y la moderación podían llevarle a la victoria con menores costes.

Los diferentes escalones de mando solían ser partidarios de la teoría del desgaste en lo relativo a los ejércitos. Cualquier enemigo podía ser aplastado si uno invertía en suficientes hombres, y para ellos los tercios eran una ilimitada provisión de carne de cañón destinada para ese propósito.

Esa no era la visión de Francisco de la Riva, él había inculcado en el cuadro de oficiales otra idea. Había enseñado al maestre de campo Lucas de Medina —otro soldado que pudo

escalar en el escalafón del ejército español gracias a los méritos de guerra que había conseguido con Francisco de la Riva, también de aspecto canoso como él pero sin bigote— Lucas de Medina era un hombre delgado, de estatura alta ,con las facciones de la cara muy marcadas y siempre con un afeitado apurado allá donde fuera, Francisco de Aragón enseñó a sus compañeros y subalternos a valorar a todos y cada uno de los hombres que dependían de sus órdenes.

Francisco de la Riva había estado con esos soldados que ahora combatían desde el principio en aquellos campos de batalla, cada cual más traicionero que el anterior, desde la primera leva en aquellos vastos campos de Castilla, la cual surtía la mejor tropa de toda Europa: los tercios castellanos.

Eran jóvenes valerosos, no le gustaba desperdiciarlos ni que los desperdiciasen sus oficiales con órdenes erróneas.

El maestro de campo Francisco de la Riva, desde su montura miró las hileras de árboles donde los artilleros atendían a las piezas de artillería. Los españoles eran un pueblo fuerte, vestían los ropajes típicos de los tercios de color negro como cuervos, algunos de ellos tenían corazas y cascos, menos los más veteranos que se emplumaban los sombreros y vestían colores vivos para que el enemigo supiese contra quienes iban a luchar: contra la flor y nata del ejército español, los tercios viejos del rey.

Los que atendían los cañones se habían quitado la capa y la guerrera quedándose solamente con la camisola. Resultaba extraño en aquellos nevados páramos, donde el aliento se hacía visible en contacto con el aire, ver hombres moviéndose entre el humo de los cañones solo en camisa, acalorados y enrojecidos por el sudor y el esfuerzo de cargar esas bestias que no dejaban de escupir fuego desde sus cañones.